

Toda medida tendente a suprimir cualquier facultad humana, es suicida. La implantación del socialismo paralizaría de golpe la civilización progresiva...

Hay medios, la muerte, el asesinato, el patíbulo, el tribunal de la justicia, para suprimir a un déspota; pero ¿qué remedio existe contra la tiranía de las masas? Ninguno, sino la resignación. Es entonces cuando surge, como medio de salvación, un Julio César o un Napoleón I.

A juzgar por el éxito, que acompaña el ejercicio del poder en los países monárquicos, reconocemos por fuerza que tiene de su parte alguna superioridad.

La fuerza de esos gobiernos reside en su sentido evolutivo y el respeto al pasado. En la república se tiende a desconocer esos elementos. Se exige a todos los hombres servir al Estado de la misma suerte. Goethe, acusado de desinteresarse de la patria, contestó altivo:

«No podemos servirla todos de la misma suerte.

»Me atrevo a decir que en las obras cuya tarea me ha prescrito la Naturaleza, mis esfuerzos, mis investigacio-

nes, mi actividad, han sido realizadas con absoluta conciencia.

«Si cada uno pudiera decir otro tanto de sí, eso vendría a ser provechoso para todos.»

He aquí un desmentido a las pretensiones del socialismo y una protesta contra el jacobinismo.

Taine, ese segundo Goethe, se justifica de ataques parecidos en estas palabras:

«No podemos servir todos a la humanidad del mismo modo; ved la senda que siguen Marco Aurelio, Spinoza, Goethe. Está bien, aceptemos las leyes de la Naturaleza. Pero, contrariarla, es sólo un magnífico adiestramiento.»

Con raras excepciones, el colegio fué para mí la escuela del sufrimiento, así como el hogar lo fué de goces y satisfacciones. Aborrezco los odios, las indelicadezas, las injusticias, que abundan en la vida colegial. Las personas harto delicadas por naturaleza o consecuencias de una imaginación sensible al arte y a las bellezas del vivir, no hallan en la crudeza del ambiente escolar motivo alguno para estimularlas.

ALBERTO NIN FRÍAS

Crónica de humor

Las fiestas. — Feliz año nuevo. — Comedias nacionales. — Menudencias filosóficas

Pasadas las fiestas de San José, forzosamente se ha de hablar de ellas durante muchos días. Espectáculos como los que ellas nos ofrecen allá de tarde en año, no son para mirados cada rato. Por lo mismo mucho es si al cabo de un mes han cesado de bullir los comentarios.

Las fiestas son... como todas las cosas del mundo. El gozómetro particular de cada individuo marca los grados que ha de bajar o subir la opinión que de su esplendidez y buen suceso haya luego de expresarse a porrillo. Por algo se dijo ha mucho tiempo, que cada uno habla de la feria según

le fué en ella. Así por ejemplo, a los barbilindos de *La Información* les han parecido las más rumbosas de la vida; como que en casa se zancocharon y en casa se comieron, según dice el refrán. No así a los monaguillos de *La Epoca*, para quienes nada hay bueno bajo el sol como no lleve incensario y campanilla, y responso y agua bendita. Para los citados acólitos, las fiestas capitolinas no fueron más que inmorales exposiciones de lujo y de ebriedad.

A fuer de cronista imparcial, no he de entrar ni salir en el ajo de tales pareceres; pero nadie me quita de la